





LA LEGION DE LOS  
OLVIDADOS

FORGOTTEN I

Claudette Bezarius



**Nova Casa** Editorial

Publicado por:

**Nova Casa Editorial**

www.novacasaeditorial.com

info@novacasaeditorial

© 2016, **Claudette Bezarius**

© 2021, de esta edición: Nova Casa Editorial

Editor

**Joan Adell i Lavé**

Coordinación

**Irene Gaona**

Portada

**Nadín Velázquez**

Maquetación

**Nadín Velázquez**

Revisión

**Claudia Márquez**

**Daniel García P.**

Vectores del interior

**Freepik.com**

Primera edición: noviembre de 2016

Segunda edición: enero de 2021

ISBN: 978-84-16942-06-0

Depósito legal: B 23272 - 2016

Toda forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).



## *Agradecimientos*

Quiero enviarle un sincero agradecimiento a todos esos maravillosos lectores de Wattpad que han estado a mi lado desde el inicio de esta aventura de letras y que aún siguen allí, siempre apoyándome con sus bellas palabras de ánimo. También estoy muy agradecida con los lectores que recién están descubriendo mis extraños mundos y comenzando a encariñarse con ellos.

Cada uno de ustedes es especial e importante para mí.





# Índice

Agradecimientos.....	5
Dedicatoria.....	9
I El inicio   PARTE I.....	11
II Nahara.....	15
III Los Valaistu.....	19
IV Emil.....	23
V Déneve.....	29
VI El inicio   PARTE II.....	35
VII Memorias evanescentes.....	41
VIII Comienzan las revelaciones.....	45
IX Sherezade.....	51
X Gemelos.....	57
XI Arrepentimiento.....	63
XII Esbozo del futuro.....	67
XIII El protector Keijukainen.....	73
XIV Galatea.....	79
XV Rosas blancas.....	85
XVI Obsequiando sufrimiento.....	91
XVII Los doce Páramos de la Destrucción.....	97
XVIII Tétricos sueños.....	105
XIX La Alianza de Callirus.....	113
XX El Páramo de la Ira   PARTE I.....	125
XXI Los deseos de Kylmä.....	137
XXII El Páramo de la Ira   PARTE II.....	147
XXIII Tempestad.....	157
XXIV En lo profundo.....	165
XXV Perturbadoras reminiscencias.....	173
XXVI El diamante rojo del Ave del Paraíso.....	181
XXVII Fragmentos.....	191
XXVIII Tierra de plañidos.....	201
XXIX Nina.....	209

XXX Al borde de la locura .....	217
XXXI Visiones.....	225
XXXII El beso de la muerte.....	235
XXXIII Silenciados .....	247
XXXIV Distante .....	255
XXXV Elecciones.....	263
XXXVI Sydán de fuego .....	273
XXXVII Bianca.....	281
XXXVIII El secreto de Fenrisulf.....	289
XXXIX Conexión .....	297
XL Reencuentro.....	307
XLI Vía de escape .....	317
XLII Preparativos para la batalla .....	327
XLIII El principio del fin .....	335
XLIV Vínculo prenatal.....	343
XLV Cumplimiento de una profecía .....	351
XLVI Cadena de atentados.....	359
XLVII Unidos.....	367
XLVIII Oscuridad.....	375
Epílogo.....	389
Sincronía .....	395
Secbra .....	397
Purgatorio.....	399



## *Dedicatoria*

Dedico esta novela a mis amigos Nadín Velázquez, Raquel Franco Galvez y Juan Alonso Mejías.

Contar con la ayuda, los consejos y el apoyo que ellos me brindaron antes, durante y después del proceso de escritura de esta historia fue vital para alcanzar el sueño de verla publicada en papel.

Ellos son las personas que más creyeron en mí.

¡Mil gracias a todos!







I

## *El inicio*

PARTE I

DAHLIA DISFRUTABA MUCHÍSIMO SALIR A PASEAR POR EL bosque durante las noches. Le encantaba contemplar el cielo estrellado y el reflejo de la luna en el agua quieta. El viento helado soplaba con fuerza entre los pinos, produciendo un arrullador sonido que la hechizaba. Sus rubios cabellos, tan claros que casi eran blancos y muy lisos, ondeaban con alegría mientras ella corría cuesta abajo, porque era necesario escalar una pequeña colina y luego descender para llegar al otro lado, donde estaba su adorado estanque. Allí se sentaba largas horas a meditar y platicar consigo misma, con sus chispeantes ojos ambarinos absortos en el mar de sus pensamientos.

Cuando había luna llena, en vez del astro parecía ser la rubia quien reflejaba la luz del sol, pues su tersa piel era tan pálida como luminosa. Era una escena bastante peculiar encontrarla sola en mitad de la noche sentada en el pasto o sobre una roca al lado de la pequeña laguna, a veces cabizbaja murmurando, y a veces erguida con la mirada fija en el firmamento. Nadie se atrevía a interrumpir esos mágicos momentos en los que ella se extasiaba tanto. Ni siquiera Emil, su padre, irrumpía en esos ratos de paz que le ayudaban tanto a su bella hija a sanar su corazón roto por la muerte de su madre, Déneve, más de dos años atrás, debido a una extraña enfermedad incurable.



Dahlia era muy buena aparentando que estaba de buen humor. Quien no la conocía bien creería enseguida que a ella nunca le pasaba nada malo, pues su cálida sonrisa disfrazaba su tristeza; y daba a entender que su alma había alcanzado una completa armonía. Pero todo aquello no podía estar más lejos de ser cierto. Se sentía abandonada y olvidada por todos, ahora que su madre ya no estaba con ella. Sabía que Emil la amaba a su manera, pero desde que Déneve murió, las largas jornadas de trabajo y las horas en el bar del pueblo lo mantenían muy apartado, como si evadiese la realidad y también su responsabilidad paternal. Así que la chica se había agenciado para sí una manera de sentirse un poquito mejor, quedándose muchas horas cerca de ese maravilloso lago, el cual siempre tenía oídos para todo cuanto ella quisiera contarle.

Ni siquiera en la escuela lograba conseguir un mejor amigo que su estanque. Era como si nadie fuera capaz de notar su presencia, o tal vez se habían puesto de acuerdo todos para ignorarla. Ella se limitaba a ir a las clases, participar un poco, tomar sus apuntes y retirarse de inmediato al sonar la campana. De todos modos no había ningún chico o chica que se extrañara por ese comportamiento, y ella tampoco parecía darle mucha importancia. Sin su madre, quien había sido su única amiga, Dahlia ya se estaba acostumbrando a andar siempre sola por la vida, arreglándose las a duras penas.

Pasaron así varios meses de gran soledad, y en una noche de invierno como tantas otras, mientras la joven veía con detenimiento su reflejo en el agua congelada, sintió que había una presencia, como si alguien estuviera de pie a sus espaldas. Su cuerpo dio un giro veloz, pero no encontró nada más que una exuberante rosa blanca tirada en el suelo. Frunció el ceño y se acercó para tomarla. ¿Cómo podía haber una rosa allí, si ninguna flor crecía cerca de aquel estanque? Mucho menos iba a florecer algo en pleno invierno, con tanto frío y nieve

por todas partes. Con los dedos índice y pulgar de su mano derecha, sujetó el tallo de la peculiar rosa y la alzó muy despacio hasta llevarla a la altura de sus ojos. Despedía un aroma que no correspondía con el esperado. Era una mezcla de algo marchito con un leve rastro de... ¿sangre? Con una mueca de disgusto, aventó la rosa con fuerza hacia el hielo.

«¿De dónde habrá salido esa cosa?» se preguntaba, perpleja. «No entiendo quién la trajo, ni cómo es que no pude verlo cuando llegó. ¿Qué sucede aquí?», pensaba para sus adentros.

—Creo que por hoy ha sido suficiente. Será mejor que me vaya a casa a dormir ya —musitó, algo asustada.

Decidió apurar el paso, no se sentía nada cómoda con ese incidente tan fuera de lo común. Pero no había caminado ni dos metros cuando sintió un tirón en su cabello que le sacó un gran grito de dolor. Mientras se frotaba la cabeza para calmar el ardor que le quedó después de aquel tirón, volteó de manera brusca. Su voz la abandonó por completo y comenzó a temblar sin control. Tenía el estómago hecho un nudo, el miedo se apoderó de ella, pero presentía que sería inútil tratar de huir o pedir ayuda.

Quizás aquella criatura en forma de chica solo quería lo mismo que ella, que alguien la escuchara, así que era mejor encararla de una vez por todas...





II

## *Nahiara*

HACE MUCHAS CENTURIAS, NACIÓ UNA FRÁGIL NIÑA, DE PIEL muy blanca y ojos más negros que las mismísimas tinieblas. Su madre tuvo que darla a luz en medio del bosque, en una noche de luna llena. Con su último aliento, le puso por nombre Nahiara. Esa niña que recién había nacido corría un gran peligro de ser asesinada. Según los sueños premonitorios del consejero real de su nación, aquella pequeña destruiría a su pueblo y acarrearía muchas desgracias. Por ello, una gran horda de soldados y aldeanos enfurecidos fueron en busca de la mujer cuyo vientre albergaba aquel engendro maligno. Querían matarlas a ambas, pero la madre logró escapar y hallar un refugio en el bosque, en donde tuvo un parto difícil y prematuro, que acabó con su vida, pero salvó la de Nahiara.

Siendo la más indefensa de las criaturas, Nahiara lloraba y gritaba a todo pulmón, pero nadie lograba escucharla. Quizás el deseo de quienes la odiaban en realidad se cumpliría, y en unos pocos días aquella bebé moriría. Pero el destino da muchas vueltas impensadas, y era un hecho que estaba de parte de la pequeña. Cuando tenía dos días de nacida, sin haber ingerido alimento alguno, entumecida por el frío y a punto de perecer, un descolorido espectro errante la halló. Tenía ya mucho tiempo tratando de encontrar un receptáculo humano adecuado que le permitiera seguir existiendo, pero no había



podido hallarlo. No podía escoger a cualquier humano. Debía ser un hombre o mujer nacido bajo la luz de la luna llena, que llevara impregnada en toda su alma la visible marca del rencor. En todos los sentidos, ella era lo que él buscaba. Entonces, tras pronunciar las palabras de un antiguo encantamiento, el espectro y Nahiara se convirtieron en un solo ser. Aquel pacto salvó la vida de ambos y le dio origen a una nueva raza, una muy poderosa, la *Legión de los Olvidados*.

Conforme Nahiara iba creciendo, comenzó a notar muchas peculiaridades acerca de su apariencia. Su piel no mostraba vestigio alguno de color. Ni siquiera sus labios contenían el más mínimo matiz de algo sonrosado. Todo en ella era pálido, como si no hubiese sangre corriendo por sus venas. Lo mismo pasaba con su cabellera. Era suave, brillante y lisa, de una blancura casi cegadora. Pero sus globos oculares eran dos abismos negros y sus iris exhibían un cautivador carmesí. A estos los circundaban unas pronunciadas manchas negras, como si no hubieran dormido ni un solo segundo de toda su vida. Y tal vez así era... Por si todo eso fuera poco, sus uñas le crecían puntiagudas y afiladas, cual si fuesen garras felinas, pero negras como el corazón del ébano. No es de extrañar que, de las pocas veces que la gente común alcanzaba a verla, se alejasen corriendo a toda velocidad, entre sonoros alaridos y fuertes espasmos.

El rechazo de todos y la reclusión en que se vio obligada a vivir hicieron que su gran rencor, el cual estaba impregnado en la totalidad de su ser desde el primer instante en que salió del vientre de su madre, creciera y creciera como un tumor cancerígeno. Juró que se vengaría de toda la humanidad por haber tratado de matarla incluso antes de que naciera, y por repudiarla ahora, solo por tener un aspecto distinto. Así que se dio a la tarea de crear un complejo conjuro que le permitiera llevar a cabo lo que se había propuesto. Empezó a buscar y persuadir a toda persona cuya alma estuviera triste, sola o

rechazada, para, poco a poco, conformar su ejército de odio y rencor, la Legión de los Olvidados. A quien aceptara unírsele, prometía darle la inmortalidad, la cual se obtenía con pasmosa facilidad tras permitirle a ella arrancarle su corazón humano y guardarlo en una bóveda secreta. Muchos aceptaron gustosos tal ofrecimiento, permitiéndole a Nahiara una consumación casi completa de su anhelada venganza. Pero algo que ella no preveía sucedió, y su plan no pudo concretarse.

Una joven guerrera humana, Miria, la última de los *Valaistu*, utilizó todo el amor y la calidez que contenía su corazón, los puso en una flecha dorada y la disparó justo en la frente de Nahiara. Aquellos sentimientos tan puros, que su gélida alma ni siquiera conocía, la hicieron convulsionar y jadear. Empezó a marearse y a tener alucinaciones. Tras lo cual desapareció en menos de lo que tarda un parpadeo, dejando tras de sí, como único rastro de su existencia, una bella rosa blanca ensangrentada. Sus seguidores se apresuraron a recogerla y llevarla a un santuario, en donde la resguardaron en una cúpula diamantada. Estando consternados en sumo grado ante la desaparición de su soberana, empezaron a buscar mediante todos los medios a su alcance, para traerla de vuelta. Para ello, continuaron reuniendo a más y más miembros para la legión, al tiempo que buscaban por cielo y tierra a quien sería la reencarnación de aquella joven guerrera, para tomar su vida y ofrecerla como sacrificio, y así poder revivir a Nahiara.

Ochocientos años después de aquel incidente, una dulce muchacha llamada Déneve se preparaba para dar a luz. Estaba radiante de felicidad y afecto hacia su niña, a quien quería poner por nombre Dahlia. Cuando la nena nació y pudo ver su carita por primera vez, Déneve se conmovió hasta el tuétano y la cubrió de besos. La amaba más que a su propia vida. La bebida era hermosa y estaba llena de vitalidad, por lo que su madre decidió no darle importancia a una diminuta marca de



nacimiento que su hija tenía en la parte posterior de la cabeza, la cual parecía una medialuna dorada. No parecía causarle ningún problema o dolor a Dahlia, y cuando el cabello le creciera ya no se notaría. Pero esa pequeña marca era mucho más importante de lo que Déneve se imaginaba. Era la marca que señalaba a esa niña como la heredera del poder de los desaparecidos Valaistu...





III

## *Los Valaistu*

ALREDEDOR DE TODO EL MUNDO, EN CADA RINCÓN, SIEMPRE han existido personas con un corazón muy puro, sin maldad alguna. Esas personas reciben un llamado y, guiados por su instinto, acuden a él, sin pensarlo. Se les da un nombre nuevo y también se les asigna a un compañero o compañera, para que juntos formen un *Sydän* de fuego, aire, agua o arena, de acuerdo con las habilidades mentales o físicas más marcadas en cada pareja. El llamado que reciben proviene de Raki, el elfo con ojos de zafiro, de cabellera plateada, fundador de los Valaistu. Él fue el primer ser nacido en la Tierra con el corazón impoluto, y lo era tanto, que su pureza se desbordó y empezó a esparcirse por todo el orbe en forma de gotas cristalinas, alcanzando a hombres y mujeres de todas las edades y de todas las razas.

Las cristalinas gotas del corazón de Raki transforman a los humanos que tocan en semielfos. Ocasionando cambios no solo en su personalidad, la cual se vuelve más amable, sino también en su apariencia física, pues sus cabellos se tornan de un color rubio platinado y sus ojos se vuelven ambarinos. Las gotas viajan a través de cualquier elemento, y caen con suavidad sobre la gente, sin que lo noten. Cuando perciben la pureza de una persona, ahí se quedan, alojadas en su interior. Cada vez que Raki siente la presencia de un nuevo convertido, su pureza, al ser la dominante, atrae de inmediato al hombre o mujer



elegida. Y cuando por fin se encuentran cara a cara con este, los semielfos tienen una ceremonia de iniciación para convertirse en miembros oficiales de los Valaistu.

La ceremonia consiste en tomarse de las manos con Raki, mientras se mantienen los ojos cerrados. El elegido o la elegida debe dejar que su mente se encuentre libre, sin pensar en nada específico, pues ha de permitirse entrar en un estado de relajación total. Eso le permite a Raki comunicarse con la gota del corazón que ahora forma parte del elegido y que primero perteneció a su corazón, para así conocer la identidad del elemento presente en esa alma. Una vez que se le revela al elegido cuál es su elemento, recibe una marca única y distintiva en color dorado o plateado en la parte posterior de su cabeza. Si el elegido recibió su marca en dorado, quien tenga esa misma marca pero en plateado será su compañero, y juntos llegan a conformar un nuevo Sydän.

Cada Sydän se encarga de viajar en busca de semillas de maldad. Si estas ya han germinado en alguien, el equipo debe comenzar una labor de purificación para desarraigar esa semilla y rescatar a la persona de las garras de la oscuridad. Para ser capaces de llevar a cabo el ritual de purificación, el Sydän debe atar a la persona que posee la semilla al pie de un árbol por tres días, durante los cuales ellos danzarán alrededor de este sin detenerse. Esta danza les permite reunir luz solar en sus cuerpos, con la que luego incinerarán la semilla de maldad. Y cuando encuentran semillas que aún no germinan, la pareja se limita a llorar sobre ellas durante una noche completa para borrar su existencia. De esa manera, el equilibrio de la humanidad con la Tierra no se pierde y las semillas de maldad se mantienen a raya.

Durante muchos siglos, Raki y los Valaistu llevaron a cabo su labor con éxito, protegiendo a la humanidad de la corrupción y la degeneración. Sin embargo, un suceso muy desafortunado ocurrió de repente sin que nadie pudiese hacer algo

para detenerlo. Mientras una de las gotas del corazón de Raki viajaba hacia su elegido, chocó de frente contra un Nocturno. Los Nocturnos son espectros pálidos que se alimentan del odio y el rencor de los humanos, llegando a fusionarse con aquellos que tengan esos sentimientos en toda su alma. Hasta ese momento, los Valaistu habían logrado impedir que los Nocturnos se fusionaran con los humanos, pero jamás previeron que un Nocturno pudiera obstruirle el paso a una de las gotas.

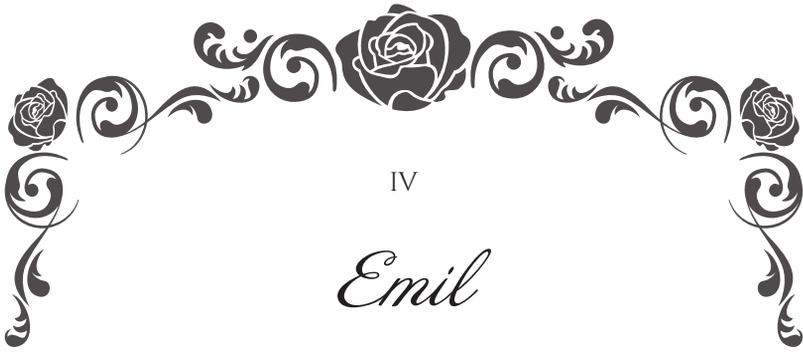
Ese incidente ocasionó que Raki enfermara de gravedad. Estaba tan debilitado que ya no era capaz de producir más pureza. Ya no podía haber nuevos elegidos, y los poderes de los Sydän comenzaron a disminuir. Muchas semillas de maldad empezaron a germinar con gran rapidez, y los Valaistu no pudieron retomar el control. Tras una larga agonía, Raki no pudo soportar más tiempo, y entonces murió, no sin antes ocultar su corazón en una estrella blanca de la constelación de Orión, para que algún día alguien digno de él lo recibiera. Los restantes de los Valaistu lentamente comenzaron a morir también, pues su mitad élfica se fue desvaneciendo tras el fallecimiento de Raki.

Fue en esos desdichados días para los Valaistu que la pequeña Nahiara nació, y al no haber entonces fuerzas de pureza que contuvieran a los Nocturnos, uno de estos seres consiguió fusionarse con ella. Pero uno de los últimos Sydän existentes logró darse cuenta de aquella enorme desgracia para la humanidad. Entonces Yuma, la compañera de Miria, ideó un plan para derrotar a Nahiara. Por varios años la persiguieron juntas sin tener éxito. Al no tener ya a Raki para que les proveyera más fuerzas, Yuma decidió dar su vida para que Miria pudiera tomar la gota de pureza en su interior y, uniendo ambas gotas, que Miria disparara una flecha hacia Nahiara. Eso ocasionaría que también Miria perdiera la vida, pero causaría que Nahiara pudiera ser sellada. Así lo hicieron, y fue así como las últimas de los Valaistu desaparecieron.



La valentía de Miria llegó a oídos de todas las estrellas, por lo que ellas decidieron que en el día que naciera una niña digna de entre el linaje de esa guerrera, la niña recibiría el corazón de Raki que ellas tenían a su cuidado, reviviendo así la antigua orden de los Valaistu. Ese día por fin llegó. Dahlia es esa niña que las estrellas escogieron...





IV

## *Emil*

EMIL FUE UN MUCHACHO MUY TÍMIDO Y POCO LLAMATIVO DESDE siempre. Nunca sobresalió en los deportes o en las artes, muchísimo menos con las chicas. Solía usar unos lentes de aros gruesos, pantalones de tonalidades oscuras y camisas de mangas largas, con un chaleco verde de rayas amarillas en diagonal. Sus compañeros se burlaban de él a cada segundo y hasta le robaban día por medio su dinero para el almuerzo. Así que su juventud no fue nada parecida a un mar de rosas, una época que más tarde pudiera recordar con alegría o nostalgia. Fue más bien una terrible pesadilla para él, pues día a día tenía que librar una batalla campal contra una sociedad que se empeñaba en maltratarlo y excluirlo de todas las maneras posibles, lo cual causó que la amargura se apoderase de él.

Una tarde lluviosa, cuando Emil caminaba a paso rápido a través de una vereda boscosa que conducía hacia su casa, después de otro espantoso día en la escuela, de pronto comenzó a experimentar una sensación muy extraña y dolorosa, como si una mano hecha de hierro incandescente le incinerara el interior de su pecho. Intentó gritar, pero solo consiguió proferir un susurro entrecortado. Su corazón latía desesperado, pues apenas podía respirar entre sus múltiples jadeos. Su visión se iba tornando cada vez más borrosa, y un agudo chillido metálico inundaba sus oídos. Sentía que su lengua estaba hinchada y con



ella percibía un potente sabor a polvo sulfúrico. Sin poder hacer nada para detener lo que creyó que se trataba del momento de su muerte, se desplomó sobre el pasto y perdió la consciencia por completo...

Cuando fue capaz de despertar, estaba tan aturdido y extenuado que no tenía ni idea de dónde estaba, cuánto tiempo había transcurrido o qué era con exactitud lo que le había sucedido. Se frotó los ojos repetidas veces, intentando aclarar su todavía nublado campo de visión. Sus sienes palpitaban con tanta fuerza que creía que su cabeza de seguro explotaría en cualquier momento. Trató de incorporarse, pero ambas piernas le temblaban como gelatinas, y un fuerte mareo lo desbalanceó, así que se vio obligado a permanecer sentado. Después de unos pocos minutos en esa condición, comenzó a distinguir con más claridad lo que había a su alrededor. Estaba dentro de una enorme cueva, donde la iluminación era muy escasa. Solo se distinguían algunos contornos gracias a una pequeña colección de candelabros plateados colocados al azar.

—Oh, por Dios, ¿qué es este lugar? ¿Acaso fui secuestrado o algo así? —balbucía, lleno de perplejidad.

—Bienvenido seas, Emil —fue lo que dijo una voz semejante a un graznido de cuervo.

Una figura encapuchada se erguía frente a él. Estaba a unos tres metros de distancia a lo sumo, pero Emil no conseguía distinguir su rostro, pues el enigmático personaje se había posado de espaldas a uno de los candelabros, y la capucha le cubría los ojos si se inclinaba un poco. El joven solo veía una silueta negra, como si de una gran sombra parlante se tratase.

—¿Estás listo ya, jovencito? —inquirió de Emil aquel desconocido.

—¿Listo yo? ¿Para qué? ¿Quién eres y qué quieres de mí? —espetó Emil, con un dejo de rabia en la voz y una mirada desafiante.

—No seas tan irrespetuoso, muchacho. Deberías estar agradecido por la gran bondad que tengo para contigo. Hay algo muy importante que tengo que decirte, y será mejor que concentres toda tu atención en mis palabras —sentenció el encapuchado.

Emil nunca hubiera sido capaz de imaginar lo que estaba a punto de escuchar.

—Llevas en tus venas la misma sangre de Nahiara, nuestra amada soberana. Al ser ella una humana que fusionó su alma con la de un Nocturno, ya no podía concebir hijo alguno, pero se aseguró de tener un linaje mediante la transfusión de la mitad de su sangre a una joven aldeana embarazada mientras esta dormía. Haciendo eso, Nahiara tuvo entonces la posibilidad de ser liberada o de renacer si por alguna circunstancia muy desdichada fuese sellada o asesinada. Pero en la Legión de los Olvidados no contábamos con que la atacara algo tan poderoso como un Sydän. Creíamos que nunca seríamos capaces de romper el sello creado por los malditos Valaistu para retener a Nahiara por la eternidad. Por suerte, pudimos encontrar los manuscritos sagrados, escritos por nuestra mismísima soberana, donde ella reveló no solo el secreto de su descendencia, sino también la manera en que esta podía salvarla. Aquí es donde tú, Emil, entras en juego —explicaba el seguidor de Nahiara, con una sonrisa demencial.

Emil no salía de su asombro. No se había percatado de que tenía la boca abierta y una expresión embobada. Aquellas palabras no tenían sentido para él.

—¿De qué estás hablando? ¿Es esto una broma de mal gusto? —cuestionó él, a voz en cuello.

—¿Qué te hace creer que bromeo, ingenuo muchacho? —declaró el encapuchado, con severidad—. Mejor para ti si guardas completo silencio ahora mismo. Como te decía, eres muy importante para nosotros. Eres una pieza clave en la liberación de

Nahiara. Lo que debes hacer es tener una hija con una descendiente de Miria, la guerrera Valaistu que selló a mi soberana. Teniendo tu hija la sangre de Nahiara y de Miria al mismo tiempo, será muy poderosa, y entonces podremos tomarla y ofrecer su vida como sacrificio a los Nocturnos, rompiendo de esa manera el sello de los Valaistu. No te preocupes, la joven que has de desposar es hermosa, así que no debería representarte problema alguno cumplir con tu destino —concluyó en tono triunfal, algo burlesco.

Emil sentía como si le acabara de caer un rayo. De un momento a otro, pasó de ser un rechazado del que todos se aprovechaban a ser el descendiente de una legendaria emperatriz a la que debía rescatar.

—¿Y qué pasa si me rehúso? ¿Cuál es la recompensa para mí si decido hacer lo que me pides? —interpeló él, gracias a un extraño arrebatado de valentía.

—Si te rehúsas, te costará tu propia vida. No tenemos reparo en acabar contigo, pues tienes dos hermanos menores que podrían ocupar tu lugar. Acudimos a ti primero porque preferimos al primogénito. Y si aceptas, tu recompensa, entonces, será seguir viviendo. ¿Qué más podrías querer? —respondió, con sarcasmo, aquel personaje que aún seguía en el anonimato.

Emil se quedó lívido. Le costaba mucho trabajo tragar su propia saliva. Sus manos temblaban, mientras un torrente de frías gotas de sudor caía en cascada por todo su cuerpo. Por más desagradable que pudiera parecer su vida, no estaba listo para perderla tan pronto. De forma precipitada, aceptó llevar a cabo la misión que se le había encomendado.

Un día después de aquella charla con el encapuchado, Emil caminaba con una expresión de ansiedad en el rostro. En sus manos llevaba una pintura muy bella. Era el retrato de la joven que debía buscar y, de alguna manera, convencer de que se casara con él. Aún no tenía claro cómo es que ella se enamoraría



perdidamente de él con solo regalarle la extraña rosa blanca que le fue entregada junto con el hermoso retrato.

—¿Cuál era su nombre? —decía él, en voz baja, mientras fruncía el ceño, tratando de recordarlo—. Ah sí, está escrito en el reverso del retrato. Vamos a ver... La chica se llama... Dénave.







DÉNEVE NACIÓ Y CRECIÓ EN UNA TRANQUILA ZONA RURAL DE Escocia. Tuvo una infancia bastante agradable, pues pasaba sus días leyendo mientras estaba recostada bajo la sombra de algún frondoso árbol, correteando con sus perros o plantando flores por doquier. Sus padres la amaban y la consentían, dándole lo mejor que les era posible. Era una chica muy bella, de compleción delgada, con unos enormes ojos verdes muy expresivos, cabello rojizo y rizado, piel blanca y sonrisa encantadora. Casi todos los chicos de su escuela habían intentado salir con Deneuve, pero ella los rechazaba vez tras vez. Quería concentrarse de lleno en sus estudios y sacar buenas calificaciones, puesto que eso le permitiría obtener una beca para estudiar en alguna institución prestigiosa del extranjero.

Al terminar la secundaria, por fin se le cumplió su sueño. Su récord académico era impecable, así que fue aceptada en la Academia Oxford de California (la misma escuela donde estudiaba Emil) para que allí cursara la preparatoria. Su próxima meta era ingresar en la Universidad de Stanford para estudiar Genética. Siempre le había apasionado todo lo relacionado con las células y el ADN, y siendo la excelente estudiante que era, de seguro lograría convertirse en una sobresaliente genetista en el futuro. Sus padres estaban muy orgullosos de ella y la apoyaban en todo, pero no querían tenerla tan lejos, sola en una



tierra extraña. Por esa razón, decidieron mudarse a los Estados Unidos junto con su brillante hija.

Sin embargo, un cambio abrupto en la vida de Déneve estaba muy próximo a suceder. Cuando faltaban solo dos meses para la ceremonia de graduación, ella logró llevar a cabo algo extraordinario sin siquiera percatarse del asunto. Estaba sentada en un banco de piedra junto a una arboleda en el patio de su escuela, leyendo un complejo libro sobre daltonismo. Bebía un té de jazmín, dándole diminutos sorbos cada cinco minutos, pues la compleja lectura la tenía absorta. De pronto, un pequeño pájaro carpintero cayó como un plomo justo en medio de su libro abierto. Aquel inesperado suceso le sacó un agudo grito y la hizo arrojar su taza de té contra el suelo de manera violenta. Después del par de minutos que le tomó recuperar la compostura, se quedó contemplando con fijeza al ave muerta, y una profunda tristeza la invadió.

—Pobre de ti, pajarito. ¿Por qué te has muerto? No sabes cuánto me gustaría poder verte volar de nuevo —le dijo muy seria al carpintero, mientras le frotaba la cabecita con su dedo índice derecho.

Los ojos sin vida del ave de repente resplandecieron. El animalito la miró lleno de agradecimiento, comenzó a batir sus alas con mucha alegría y se elevó, para luego perderse en el horizonte.

Déneve se quedó boquiabierta después de semejante episodio. Cuando llegó a casa, se lo contó a su madre con lujo de detalles. Ella solo sonrió y le aseguró que lo más probable era que hubiese sido una gran casualidad, que el ave en realidad no estaba muerta y que se había repuesto de su desmayo gracias a las caricias. Déneve asintió con la cabeza, aunque no estaba de acuerdo, y no habló más del asunto con su madre ni con nadie más. Se fue a la cama temprano y, justo antes de acostarse, decidió escribir en su diario de color violeta sobre ese curioso even-

to. En sus adentros le daba vueltas y vueltas a la escena. Estaba muy convencida de que había sido ella la que había revivido al pequeño carpintero, de alguna manera que aún desconocía. Y en realidad no estaba para nada equivocada...

Con aquel milagro, Déneve despertó todo el enorme poder que por tantos siglos había permanecido escondido y pasado generación tras generación en su familia, del cual ella no tenía ningún conocimiento. En la línea de sus ancestros se encontraban nada más y nada menos que la valerosa Miria y el mismísimo Raki, quien mantuvo un romance secreto con la joven guerrera. De aquella unión les nació un niño al que ambos decidieron llamarle Dante. Para continuar con su relación en secreto y por la seguridad del pequeño, decidieron ponerlo al cuidado de unos gentiles monjes tibetanos y además sellaron sus poderes. De esa manera, ninguna entidad maligna podría detectarlo y llevaría una vida normal. Dante después se casó y tuvo tres hijos, los cuales heredaron el poder oculto de su padre, pero ninguno fue capaz de despertarlo nunca. Así fue pasando de padres a hijos hasta llegar a Déneve, quien al desear con todo su corazón llevar a cabo un acto de bondad pura, logró deshacer el sello y liberar aquel poder.

Para la Legión de los Olvidados había sido imposible rastrear antes el paradero de la descendencia de Miria, si es que acaso había tenido una. Sus problemas para encontrar alguna pista se vieron resueltos al sentir el imponente despliegue de energía que Déneve utilizó para revivir al ave. La localizaron con pasmosa facilidad y la identificaron de inmediato. Maquinaron el plan perfecto para aprovecharse de semejante hallazgo en favor de sus intereses. Desde siempre habían conocido quiénes eran los descendientes de Nahira y, ahora que habían revelado la identidad de Déneve, solo restaba combinar ambos linajes para traer de vuelta a su queridísima soberana. Para que Emil no tuviese ningún problema al enamorar a Déneve,

impregnaron una rosa blanca cualquiera con un elixir a base de la sangre que envolvía a la imperecedera rosa blanca que dejó atrás Nahiara cuando fue sellada. Con esa pócima, quien la aspirara haría todo cuanto la persona que obsequiase la rosa demandara.

Emil solo tuvo que concentrar sus pensamientos en la idea de que Déneve se casaría con él cuando le entregó la flor. Ella no tardó en confesarle que estaba loca de amor por él, que dejaría todo atrás para que pudieran estar juntos. Emil sonrió con un dejo de tristeza, pues sabía que aquel despliegue de romance no era real, dado que esa bella chica ni siquiera lo conocía y jamás se hubiese fijado en él en circunstancias comunes. Pero no le quedaba más remedio que seguir adelante con el plan si quería conservarse con vida. De un día para otro, Déneve olvidó por completo sus aspiraciones de estudiar Genética, pues nada más pensaba en dedicarse de lleno a su amado Emil. Esperaron a que pasara la graduación y de inmediato se casaron. Los padres de ella estaban consternados, pues no comprendían ese cambio tan radical en la personalidad y los intereses de su hija, pero una vez más decidieron apoyarla. Como regalo de bodas, le obsequiaron una casa en medio de colinas, ubicada muy cerca de un lindo estanque...

Emil cada vez se iba sintiendo más y más culpable, pues Déneve se desvivía por él, quería hacerlo feliz de todas las maneras posibles. Poco a poco, el dolor que le causaba saber que había engañado con tanta vileza a aquella inocente chica lo carcomía por dentro. No podía creer que había sido capaz de robarle la vida, por así decirlo, a alguien más con tal de salvar su propio pellejo. Aunado a eso, el pacto que había aceptado estipulaba que tendría un plazo de quince años para engendrar una hija y luego entregarla a la Legión. Al término de ese tiempo, si no la entregaba por las buenas, vendrían por ella y se la llevarían a la fuerza. Déneve, habiendo cumplido ya con



su parte, moriría de un paro cardíaco que le provocaría el elíxir que inhaló de la rosa. Este se transformaría en una substancia venenosa para la cual no existe un antídoto. Dicha alteración podía ser llevada a cabo desde lejos en cualquier instante, a voluntad de los Olvidados.

En medio de estas circunstancias sin precedentes, la bella Dahlia nació, sin saber todo lo que tendría que enfrentar en un futuro bastante cercano...







VI

## *El inicio*

PARTE II

DAHLIA CONCENTRÓ TODAS SUS FUERZAS EN MANTENER UNA apariencia serena, aunque el pánico la dominara por dentro. Con una voz algo trémula, alcanzó a articular una breve frase apenas audible.

—¿Quién eres y en qué puedo ayudarte? —Eso fue lo único que se le vino a la mente en ese momento de zozobra.

La criatura la contemplaba con una mirada vacía de toda emoción, como si tuviera ojos de muñeca. Ladeaba la cabeza primero hacia la derecha y luego hacia la izquierda, con un movimiento gradual y pausado, que le daba una apariencia mucho más animal que humana. Parecía estar emparentada con alguna clase de pajarraco. La textura y tonalidad de su piel daban la impresión de que estaba muerta, pues era blanquecina y opaca. Por todo su rostro le corrían unas sinuosas líneas negras, bastante gruesas, que le salían desde la oscuridad de sus cuencas y se extendían como el ramaje de un árbol, simulando las marcas que deja el maquillaje que se ha corrido por derramar muchas lágrimas. Sus labios estaban amoratados y resecos, los típicos síntomas de hipotermia. Y si acaso respiraba, lo disimulaba a la perfección. Vestía una especie de kimono que le llegaba a la altura de las rodillas, bien ceñido a su delgado cuerpo, el cual estaba hecho de muselina cenicienta muy brillante. Sus grisáceos cabellos los llevaba recogidos



en dos protuberantes moños a los lados de la cabeza. Comenzó a avanzar con lentitud hacia Dahlia, pero no lo hacía caminando, pues sus pies descalzos y enlodados no rozaban ni un solo centímetro del suelo. *Ella* se desplazaba levitando.

Dahlia estaba casi fuera de sí, como si aquello que le sucedía fuese un mal sueño del que pronto despertaría. Se frotó los ojos repetidas veces, pero la espera se prolongaba y la pesadilla no terminaba. Después de un largo rato, el pesado silencio se rompió. *Ella* decidió hablar.

—Disculpa mi brusquedad de hace un momento, solo quería evitar que te fueras. Ven conmigo, mi niña. Sé que has estado muy triste y sola, pero no te preocupes, tus penas acabarán pronto. He venido para consolarte —declaró con una melodiosa voz de poetisa—. Nunca más estarás desamparada. Como tú hay muchos, querida, personas de todas las edades que el resto del mundo ha olvidado. Pero no nosotros, eso jamás. Toma mi mano y te guiaré hacia la más cálida bienvenida que tendrás en tu vida. La Legión de los Olvidados está deseosa de recibirte, pequeña.

Escucharla decir aquellas confortadoras palabras embelesaría a cualquiera. Las pronunciaba con tanta suavidad y sentimiento que casi era posible palpar el afecto que transmitían. Dahlia sintió en su interior una extraña familiaridad, como si su mismísima madre le hablara a través de aquel misterioso ser extraterrenal.

La estupefacción de la niña seguía acrecentándose. No le habían dicho nada cariñoso o amable desde que Déneve partió. La dulzura del mensaje que escuchaba sin duda la atraía, pero no podía evitar que el miedo resurgiera tan pronto ella terminaba de hablar. «Su rara apariencia y su particular manera de moverse no pueden ser algo normal», pensaba Dahlia. «Pero con lo que me ha dicho, no parece que quiera lastimarme», razonaba para sí, un tanto confundida. Entonces, decidió hacerle más preguntas a la criatura para así salir de todas sus dudas.

—¿Cómo te llamas? Mi nombre es Dahlia. Mi mamá me llamó de esa forma porque las Dalias eran sus flores favoritas. Seguro que tú también tienes una historia que contar acerca de cómo escogieron tu nombre —espetó ella, con toda la naturalidad que le fue posible mostrar.

—En la Legión, me llaman Galatea. Ese nombre me hace honor y me describe a la perfección, pues su significado alude al color pálido de mi piel —respondió el extraño ente de apariencia femenina.

—Oh, ya veo. Me parece un nombre muy bonito, ¿sabes? Pero cuéntame más sobre esa Legión de los Olvidados que tanto mencionas. Vives ahí con ellos, ¿cierto? Me gustaría que me describieras cómo es el lugar y lo que haces allí —dijo Dahlia, con un poco más de confianza en sí misma tras la reacción positiva de Galatea.

A pesar de la inocencia de las preguntas de la niña, el semblante de la criatura cambió. Parecía un tanto irritada, e hizo un despacioso movimiento pendular con su dedo índice izquierdo, indicándole a Dahlia que no le iba a contestar eso. Solo se le acercó a la pequeña para mirarla bien de cerca. Estuvieron cara a cara por unos segundos, tras lo cual le dio un ligero toque en la frente con el mismo dedo que antes utilizó para negarse a hablar, sumiendo a la jovencita en un profundo sueño. Despertó al día siguiente, cuando ya había amanecido, acostada en su cama. No había rastro alguno de Galatea, así que la niña comenzó a dudar de que aquella experiencia de la noche anterior en realidad hubiese sucedido.

—Tuvo que ser un sueño, o tal vez aluciné un poco. Quizás debo dejar de ir al estanque por un tiempo —masculló entre dientes mientras se despezaba, estando aún recostada.

Tardó unos quince minutos en salir de la cama. Se sentía muy pesada y adolorida, y no conseguía detener la sucesión de bostezos que le sobrevino desde que despertó. Se duchó en un

dos por tres con agua helada, creyendo que tal vez así se despejaría un poco, pero no le dio resultado. Estaba agotada, como si hubiera pasado en vela toda la noche. Se colocó el uniforme del instituto tan rápido como pudo, pues se le estaba haciendo tarde para ir a las clases del día. Cuando caminó hacia su cómoda para verse en el espejo ovalado, mientras se peinaba su desordenada melena, profirió un fuerte alarido por el susto que le ocasionó el reflejo que contempló. Justo en medio de su frente tenía una horrible marca rojiza en forma de rombo.

—¿Cómo rayos me hice esto?! ¡No puedo ir a la escuela así! —exclamó, consternada.

Decidió ponerse un pañuelo blanco en la cabeza, lo que la hacía lucir como una pirata, pero al menos así podía cubrirse por completo la llamativa marca.

Salió de su habitación corriendo a toda prisa en dirección a la cocina. Emil aún no se había levantado, o quizás ni siquiera había vuelto, pero Dahlia ya no tenía tiempo de averiguarlo. Abrió el refrigerador, tomó un trozo de pan añejo y una manzana algo descompuesta, los puso dentro de su mochila, para luego irse disparada hacia la caseta del autobús escolar, el cual pasaría en unos cinco minutos, a lo sumo. Ese día por primera vez estuvo agradecida de que nadie en la escuela la determinara. Tenía una cara de cansancio indisimulable, con unas notorias ojeras bajo un par de enrojecidos ojos. Y para colmo, tenía que llevar puesto ese ridículo pañuelo para que la dichosa marca no sobresaliera. Se sentía espantosa, así que se consolaba con la indiferencia total de sus compañeros de clase. Sin embargo, las curiosidades en su vida no desaparecerían. Las rarezas no habían hecho más que comenzar, y ahora vendrían a raudales.

El profesor de literatura ese día presentó a un alumno irlandés que recién se incorporaba a la escuela y que sería su nuevo compañero. Era un chico algo bajo y delgado, de piel bron-

ceada, cabello liso de tono castaño claro y ojos rasgados de un celeste turquesa muy poco común. Su nombre era Milo, y venía a pasar un ciclo lectivo en los Estados Unidos como estudiante de intercambio. Después de que lo terminó de presentar, el profesor le asignó su lugar. El único asiento que estaba disponible se encontraba justo al lado de Dahlia. Milo se dirigió en silencio hacia su puesto, colocó sus cuadernos sobre la mesa y se sentó con sumo cuidado.

No pasó ni un minuto cuando el chico se volteó de manera disimulada hacia Dahlia. Con una gran sonrisa de simpatía en su rostro, la cual revelaba unos graciosos hoyuelos, le dijo a ella en voz baja: —¡Hola! ¿Cómo te llamas?

Dahlia se quedó sin respiración por un momento y, tras unos segundos de estupor, le contestó titubeante: —Mi nombre es Dahlia. Me da mucho gusto conocerte, Milo.





VII

## *Memorias evanescentes*

CUANDO SONÓ EL TIMBRE QUE MARCABA LA HORA DE IR A AL-  
morzar, Dahlia tomó sus cuadernos y sus lápices, los acomodó  
con rapidez en su mochila, y se dispuso a marcharse del salón  
de clases para buscar algún lugar alejado de todos. Deseaba  
estar en un sitio tranquilo para comerse el pan y la manzana  
que había tomado del refrigerador por la mañana. Encontró  
una banca vacía en la parte trasera del gimnasio y se tumbó allí,  
dando un gran suspiro mientras miraba hacia el despejado cielo  
de mediodía. Comenzó a mordisquear muy despacio el trozo  
de pan, el cual tenía una textura algo chiclosa y un leve sabor  
a moho. Estaba comiendo de manera mecánica, sin detener-  
se a pensar en si lo que tenía en su boca le sabía bien o mal.  
Comía porque era una necesidad biológica y nada más. Sin  
embargo, aquella vieja hogaza era un manjar para ella ese día.  
No se le iba del pensamiento aquella imagen del chico nuevo  
hablándole. Todavía le costaba creer que alguien que nunca la  
había visto antes se hubiera portado de una forma tan amable.  
Sin percatarse, estaba riéndose a carcajadas frenéticas ella sola,  
como si estuviese un poco loca.

Después de unos cinco minutos en ese estado, un ruido que  
provenía del pasillo a su derecha la sobresaltó, borrándole la  
sonrisa de inmediato. Fue un desagradable estruendo, como de  
algo muy pesado que golpeaba el piso al caer. Dahlia se levantó



de un salto y, un tanto recelosa, fue a ver qué era lo que estaba pasando. En el pasillo no había nada ni nadie, lo cual la hizo estremecerse.

—¿Cómo pude escuchar algo tan estruendoso y ahora no hay ni un rastro de lo que sea que haya sido? Me tardé como diez segundos en venir aquí —se decía, incrédula—. Bueno, creo que mejor voy y termino mi almuerzo, no vaya a ser que luego se me haga tarde por malgastar mi tiempo en tonterías —susurró, decidida.

Cuando se volteó para regresar a la banca, no había empezado a caminar todavía cuando chocó de frente contra lo que parecía ser una persona. La dureza y rigidez de aquel cuerpo la hizo sentir como si hubiera colisionado con un muro o un poste. Lo inesperado de la aparición del desconocido no le dio tiempo para reaccionar, por lo que el choque la hizo trastabillar y caerse de espaldas en el suelo. No pudo evitar golpearse la cabeza al caer.

—Oh, por Dios, lo siento mucho. No quise asustarte. ¿Te encuentras bien? —una voz masculina le hablaba, al tiempo que el dueño de la misma la ayudaba a levantarse—. Jamás creí que mi presencia te fuese a causar tantas molestias. En verdad estoy muy apenado. ¿Podrás perdonarme? —suplicaba el joven, con ojos de sincero arrepentimiento.

Dahlia estaba atontada por el golpe, pero se le dibujó una sonrisa de oreja a oreja en el rostro cuando cayó en la cuenta de que quien la sostenía entre sus brazos era nada más y nada menos que Milo.

—Claro, no te preocupes. No fue tan grave después de todo —contestó, mientras se frotaba el enorme chichón que se le había formado.

No fue capaz de disimular que en realidad sí le dolía muchísimo aquella contusión. Se le notaba en la expresión compungida y en los repetidos quejidos que profería mientras se masajeaba.

Milo se sonrojó al ver a la pobre Dahlia en esa condición por su culpa, entonces hizo algo que creyó que la alegraría y la haría olvidarse del dolor por unos minutos al menos. La sostuvo por la cintura con firmeza mientras la miraba a los ojos. Ella percibió un gran destello de luz dorada que la cegó por unos instantes. Cuando se le pasó el deslumbramiento, Milo aún la sujetaba y la observaba, pero ya no estaban en el patio de la escuela. Ahora los rodeaba un sinfín de florecillas silvestres multicolores y numerosas mariposas monarca que revoloteaban por doquier. El viento estaba cargado de un aroma dulce, una mezcla de lavanda con frutas cítricas. Los pájaros entonaban hermosas canciones y algunos de ellos hasta se les posaban en los hombros. Milo la levantó con ambos brazos por los aires y la hizo girar con delicadeza unos cuantos segundos. Luego la cargó hasta una hamaca para que allí pudiese reposar un buen rato.

Dahlia estaba boquiabierta, casi conteniendo la respiración. Aquel lugar era una maravilla incomparable, sin la menor duda. Pero semejante entorno le parecía inverosímil, ya que hacía apenas unos minutos ambos habían estado de pie en el patio de la escuela.

—Estoy casi segura de que ese golpe en la cabeza me está haciendo desvariar. Debo estar imaginando cosas —farfullaba, sin salir de su aturdimiento.

Trató de levantarse de la hamaca, pero la cabeza comenzó a darle vueltas. Estaba tan mareada que, sin darse cuenta, se quedó dormida de un momento a otro. Cuando despertó, se sentía como nueva, pero no despertó en la hamaca del bello jardín que Milo le mostró. Estaba recostada sobre la banca de la escuela en donde se encontraba antes, comiéndose su almuerzo. Hasta tenía la mitad del trozo de pan en la mano...

Miró el reloj rosa en forma de búho que le colgaba del cuello. Eran las doce y diez apenas, la misma hora en que había escuchado el estruendo que la asustó.

—¿Cómo es posible que haya estado en un lugar que no conozco, que me haya dormido, y que al despertarme, pareciera como si nada hubiese sucedido? —monologaba la chiquilla, mientras se palpaba la cabeza en busca del chichón.

No tenía ya pero ni la sombra de aquella protuberancia, no le dolía más.

—Quizás este pan está tan añejo que me está intoxicando. De seguro el envenenamiento me está haciendo creer que vivo en medio de un cuento de hadas —se decía, entre risillas nerviosas.

Arrojó lo que quedaba del pan en bote de la basura y se marchó de nuevo al salón de clases. Ya no tenía apetito de todos modos.

Desde lejos, como a unos cincuenta metros de distancia, de pie en lo más alto del ramaje de un viejo pino, Milo la contemplaba con expresión de regocijo.

—Ella es tal y como me la imaginaba. Se rehúsa a creer hasta en lo que sus propios ojos ven. No me sorprende —declaró él, muy sonriente, mientras ladeaba la cabeza, como si estuviese comentárselo a alguien más—. Es una suerte que haya podido encontrarla antes de que fuera demasiado tarde...



VIII

## *Comienzan las revelaciones*

DURANTE TODO EL RESTO DE AQUELLA TARDE, DAHLIA NO pudo concentrarse en nada. A cada instante se le venían a la mente las imágenes del destello dorado, el mágico jardín, los ojos claros de Milo... Se sacudía, se daba pequeños pellizcos, hasta se abofeteaba para intentar que aquellos falsos recuerdos, según ella, desaparecieran de su memoria. No logró otra cosa que ir haciéndolos cada vez más claros y vívidos, muy a pesar suyo. Y para colmo, Milo no le quitaba la mirada de encima, y lo tenía tan cerca que incluso podía escuchar su respiración pausada. Eso la incomodaba en sumo grado, hasta el punto de que tuvo que ponerse de pie, excusarse con la profesora de matemáticas e irse a la enfermería para pedir que le dieran algún té que le calmara los nervios. «Ojalá que me den autorización para marcharme de inmediato a casa. Este día ha sido demasiado para mí. Ya no soporto ni un segundo más aquí», pensaba para sí. Iba muy concentrada en esas ideas mientras caminaba por el pasillo lleno de casilleros pintados de verde musgo al subir las escaleras de caracol que daban al tercer piso, en donde se localizaba la enfermería.

Apenas salió Dahlia del aula, Milo se apresuró a maquinarse una excusa para irse tras ella. Esperó un par de minutos y se levantó de su asiento. Fue a decirle a la profesora que él también se estaba sintiendo mal porque seguro el pan del que Dahlia le con-



vidó durante la hora de almuerzo tenía alguna sustancia nociva que les estaba causando malestares a ambos. Mientras hablaba, ponía una expresión de sufrimiento tan creíble que la profesora no dudó en autorizarlo también a él para que fuera a la enfermería. Milo le agradeció con una pequeña reverencia al mejor estilo japonés y caminó a paso lento hasta la puerta, sosteniéndose el estómago con ambas manos, para darle el retoque final a su excelente papel de chico enfermo.

Cuando cerró la puerta del aula tras de sí y se aseguró de que nadie lo estuviese observando, cerró los ojos para así ser capaz de sentir con total precisión la localización de la chiquilla. Juntó las palmas de sus manos frente a su pecho, como si rezara, y murmuró unas palabras ininteligibles. Poco a poco, su figura comenzó a hacerse transparente. Parecía estar hecho de cristal, tras lo cual desapareció entre las cortinas de un tenue humo blanco. Reapareció de golpe a las afueras de la enfermería. La puerta estaba abierta de par en par, por lo que la doctora pudo haberlo visto sin dificultad mientras él llegaba de esa manera sobrenatural. Pero, para la buena suerte del muchacho, la especialista estaba de espaldas, examinando con detenimiento la lengua de Dahlia. Milo decidió hacerse a un lado y esperar hasta que ella saliera. Mientras aguardaba, se puso a jugar con una silla de madera que estaba situada a unos tres metros de distancia, frente a él, del otro lado del pasillo. Giraba su dedo índice derecho en forma circular y la silla imitaba ese movimiento al danzar oscilante sobre una de sus patas delanteras.

Después de un rato, que a Milo le pareció una eternidad, por fin escuchó la voz de Dahlia despidiéndose de la doctora. Dejó en paz la silla y endureció la expresión de su rostro. Ella salió de la habitación bostezando y frotándose los ojos, por lo que no vio al joven, quien la esperaba recostado a la pared. Él la dejó avanzar un poco y entonces se apresuró a toparla por detrás.

Puso su mano izquierda en el hombro derecho de ella y le dijo en tono pícaro al oído: —Oye, debiste decirme que no te sentías bien. Me preocupaste mucho cuando te vi tan pálida.

Dahlia se alteró tanto por aquello que solo atinó a lanzarle un codazo en la boca del estómago y salir corriendo desparvorida.

—Espera, por favor... Perdóname una vez más... Parece que, sin quererlo, siempre te asusto —le gritaba en tono suplicante Milo, mientras se inclinaba un poco hacia el frente, pues ella le había sacado el aire con el golpe.

Tan pronto Dahlia volvió en sí, se dio cuenta de lo que acababa de hacer. No pudo evitar que se le subieran los colores al rostro.

—Ay, Milo, ¡cuánto lo siento! —musitó ella, tras lo cual apresuró sus pasos hacia donde estaba él.

Profusas lágrimas comenzaron a rodarle por las mejillas. Apretó los puños, cerró los ojos con fuerza y se dejó caer de rodillas al lado del muchacho. Trataba de hablarle, pero el llanto le apagaba la voz. Él la miró lleno de ternura y se arrodilló también. Le tomó la barbilla con delicadeza entre sus dedos índice y pulgar derechos, hasta hacerla levantar la mirada, ya que la pena la hacía mantenerla fija en el piso.

—No llores, Dahlia, no tienes razón para preocuparte —declaró el joven, tratando de consolarla.

La miró unos instantes más, y entonces la atrajo hacia él con ambos brazos. Fue el abrazo más cálido que alguien que no fuera su madre le había dado a la chica en toda su vida. La sensación de tranquilidad que le provocó la cercanía del cuerpo del chico acabó por completo con su llanto.

—Muchas gracias —fue todo lo que pudo decirle después de la gran conmoción que había experimentado.

Ambos se incorporaron sin prisas. Milo de inmediato se ofreció a llevarla hasta la entrada de su casa.

—No creo que sea una buena idea que te vayas sola en el delicado estado de ánimo en que te encuentras. Permíteme escoltarte hasta tu puerta —declaró él, con firmeza.

Dahlia asintió con la cabeza y entonces él la tomó de la mano. No la soltó en todo el trayecto hasta la parada del autobús. Mientras esperaban sentados, por fin ella pudo acomodar un poco sus pensamientos, y le preguntó: —¿Por qué haces todo esto por mí? Ni siquiera me conoces.

Sonriendo de manera pícara con la mitad derecha de su boca, él le contestó con toda naturalidad: —Eso es lo que tú crees, pero lamento decirte que estás equivocada. Te conozco desde que naciste.

Aquella afirmación la dejó muy descolocada. Cruzó los brazos, y con el ceño fruncido, replicó: —¿Acaso estás demente? Vienes de Irlanda y yo he vivido toda mi vida aquí. Nunca he salido de los Estados Unidos. No utilizo ninguna red social, así que es imposible que tan siquiera nos hayamos visto antes de hoy.

En ese momento, llegó el autobús que estaban esperando. Milo se puso de pie, la volvió a tomar de la mano y la arrastró para que se diera prisa a subir, pues no había nadie más que ellos dos en aquella parada.

Una vez que estuvieron a bordo, él la miró con cierta severidad y le preguntó: —¿De verdad quieres saber cómo es que te conozco?

Con cara de absoluto fastidio, Dahlia refunfuñó: —¡Claro que sí! Todo tiene una explicación lógica. Espero que tengas un argumento que sea lo bastante bueno como para respaldar ese disparate que inventaste.

Sin inmutarse, él exclamó: —¡Ya lo verás! Te sorprenderá mucho todo lo que voy a contarte, pero deberás esperar hasta la noche, cuando te hayas dormido. Te recomiendo ser paciente.

Más confundida aún, Dahlia intentó sacarle información extra, pero Milo no dijo ni una sola palabra. Aprovechando



que el autobús ya había llegado a su destino, de nuevo la sujetó de la mano y la llevó a toda prisa por el sendero que conducía hacia la casa de ella. Allí se detuvo un instante, le sonrió y le dio un pequeño beso en la mejilla izquierda.

—Solo espera hasta esta noche. Te lo diré todo con lujo de detalles —afirmó el muchacho.

Y en unos breves instantes, desapareció de la vista de la perpleja rubia.







IX

*Sherezade*

DAHLIA ENTRÓ A SU CASA A REGAÑADIENTES. QUERÍA IRSE CORRIENDO detrás de Milo, sujetarlo de los hombros y no soltarlo hasta que le revelara todo lo que le estaba ocultando.

—Ese chico... ¿Cómo es que pudo irse tan rápido? Parece que se lo hubiera tragado la tierra. Él es tan extraño... —balbucía la muchacha, mientras subía los peldaños que la llevarían a la segunda planta.

Arriba estaba su habitación, la más retirada de toda la propiedad. Iba arrastrando los pies, desplazándose con mucha lentitud, pues estaba ida en el mar de sus pensamientos. Tenía una maraña de ideas en la cabeza que no lograba hacer encajar, y eso la tenía muy enfadada. Siempre había podido encontrar la racionalidad en cualquier cosa que analizaba, pero ahora, por primera vez en su vida, se topaba con un gigantesco enigma. No podía permitir que un simple chico le perturbara su mundo de perfecto orden con sus tonterías. Estaba resuelta a descubrir el punto débil en la farsa tan bien elaborada de Milo y así poder restregarle en la cara que ella siempre tuvo la razón.

—Quizás una larga ducha con agua caliente me ayude a relajarme un poco. En este preciso momento no puedo pensar con mucha claridad, pero un buen baño me hará mucho bien —aseguró, complacida.



Cerró la elegante puerta de caoba de su cuarto y procedió a desvestirse mientras tarareaba su canción predilecta. Era una melodía suave y arrulladora. Su madre solía cantársela por las noches, cuando era muy pequeña, para que se tranquilizara cada vez que la oscuridad la asustaba. Cuando por fin se encontró desnuda bajo la exquisita tibieza del agua proveniente de la ducha, aún canturreaba en voz baja. ¡Cuánto amaba aquella música!

—¡Esta tonada es tan especial! Siempre me calma y me hace pensar en...en...oh, por Dios, en...

Dahlia no pudo recordar a quién le evocaba aquella canción. Se quedó helada, hasta dejó de respirar. Se llevó ambas manos a la boca, con la mirada llena de turbación.

—Sé que alguien me la cantaba, pero... ¿quién? Ay, no, ¿qué me sucede? ¿Cómo pude olvidar algo tan importante? —Su voz era lastimera, casi inaudible.

El nudo en su garganta se hizo insoportable y dio pie a un llanto descontrolado. Ni siquiera soportó quedarse erguida, sino que se acuclilló y escondió su rostro entre ambos brazos.

Lloró por largo rato. Sus párpados se asemejaban a un par de globos amoratados. Tosía repetidas veces, lo cual le robó lo poco que le quedaba de energía. Cuando ya no tuvo más fuerzas para seguir llorando, cerró la llave del baño, tomó la toalla pastel que estaba sobre su taburete y se envolvió el tronco con ella. No tenía ganas de secarse, mucho menos de arreglarse o tan siquiera verse en el espejo. Salió estando empapada y así se dejó caer en su cama. Se sentía muy temblorosa y devastada. No tenía siquiera un osito de felpa para abrazar, por lo que su letargo no tardó ni cinco minutos en pasar a ser un sueño profundo.

Tras unas horas de completa inconsciencia, la chica tuvo la sensación de que una voz la estaba llamando. Al principio era un simple murmullo lejano, pero se fue haciendo más y más

claro cada vez, hasta que por fin pudo comprender de qué se trataba. Reconocía esa voz a la perfección.

—Oye, Dahlia, ¿puedes oírme? Despierta, ya es hora...

Con gran dificultad abrió los ojos, los cuales le pesaban una tonelada por el cansancio, pero distinguió con claridad el rostro expectante de quien le decía esas palabras.

—Milo, ¿cuánto tiempo llevas aquí? —Eso fue lo primero que ella inquirió del muchacho.

—Para ser honesto contigo, en realidad, nunca me fui —contestó, con una risilla juguetona—. Te hice creer que me había marchado, pero todo el tiempo estuve cerca de ti. Tomé un libro del estante junto a la chimenea, luego me apoltroné en el sofá cama que hay en tu sala, y me puse cómodo para leerlo, con una taza de cappuccino caliente para hacer el rato más ameno. Espero que no te vayas a enfadar conmigo por ello.

A la pelirrubia se le sonrojaron hasta los cabellos cuando cayó en la cuenta de que aún estaba cubierta solo con la pequeña toalla de baño, casi desnuda, frente a un chico del que apenas sabía su nombre. Para colmo, él llevaba quién sabe ni cuánto tiempo de andar paseándose por su casa, haciendo lo que se le venía en gana.

—¿Cómo te atreves a irrumpir en mi casa, sin mi permiso, usar mis cosas y, para colmo, venir a fisgonearme a mi habitación?! —le gritó, hecha una furia—. ¡Por supuesto que me voy a enfadar contigo!

La rubia le soltó un potente manotazo en la mejilla derecha. Milo retrocedió unos pasos, estupefacto, y un tanto avergonzado. La cara le ardía como si se la hubiese quemado, pero aquel golpe era lo de menos. Estaba muy arrepentido por haber exasperado tanto a Dahlia.

—Gracias por abofetearme, me lo tengo bien merecido. Te ruego que me perdones... Vaya, desde que nos conocimos, no he hecho más que disculparme contigo, pues solo te he causado

molestias. Tienes toda la razón en lo que acabas de decir. Será mejor que me retire de verdad esta vez —aseveró, con un tono casi lacrimoso.

Dio media vuelta y comenzó a caminar hacia la puerta, pero una orden de la joven lo detuvo en seco.

—¡Detente ahí mismo! No te moverás de aquí si no me dices hasta la última sílaba de lo que prometiste contarme. Dijiste que esperara hasta la noche, cuando me hubiera dormido. Puedo ver a través de la ventana que ya anocheció. Yo estaba durmiendo tranquila cuando viniste a importunarme... Estoy esperando que comiences a hablar de una buena vez —exclamó Dahlia, con mucha autoridad en cada una de sus palabras.

—En eso también tienes razón. Es una promesa que debo cumplirte. Solo saldré un momento de tu habitación para que puedas vestirme con libertad. Cuando hayas terminado, entonces te lo contaré todo. ¡Lo juro! —afirmó él con gravedad, poniéndose su mano derecha sobre el corazón.

—¡No, no saldrás de aquí! ¿Quién me asegura que no huirás de nuevo? Ponte de pie en una esquina, de espaldas a mí. No quiero perderte de vista ni un segundo, ¿está claro? —ordenó de nuevo la chica.

Milo obedeció sin pensárselo dos veces. No quería ocasionarle más disgustos intentando contradecirla. Dahlia caminó hasta su clóset de puertas corredizas y tomó un juego de pantaletas y sostén azul marino. Se los puso a toda velocidad, tras lo cual escogió el primer vestido que se le apareció. Estaba hecho de encaje negro con pedrería escarlata engarzada en el pecho y en los bordes de las diminutas mangas. Era corto, pero no demasiado y le dibujaba muy bien la silueta. Decidió sujetarse el cabello en una trenza para no lucir tan despeinada. En unos pocos minutos estaba lista y entonces le indicó con un silbido a Milo que ya podía voltearse.

—¡Guau! Luces muy linda —indicó él, mirándola de arriba abajo.

—No te pedí que te quedaras para que empezaras a halagarme, así que vamos a la sala y ahí hablaremos, ¿entendido? —La chica replicó con insolencia, aunque en sus adentros se sentía muy contenta por el sincero cumplido del muchacho.

—Bien, bien, pero ya no te enfades tanto, por favor —le pidió con vehemencia, un tanto contrariado.

Dahlia se apresuró a sujetarlo del brazo derecho con ambas manos y juntos bajaron las escaleras para llegar a la sala. Cuando estuvieron sentados en el sofá-cama, frente a frente, él guardó silencio un momento, como reuniendo el valor necesario para proclamar un importantísimo mensaje. En vez de comenzar a hablar, mordió su labio inferior y bajó la mirada. De repente, se levantó de un salto y sujetó a la chica de ambas manos, impulsándola hacia adelante para que ella se levantara también. Cuando ambos estuvieron de pie, él puso sus dedos índice y corazón izquierdos con suavidad sobre los labios de Dahlia, indicándole que no hablara. Entonces, la sujetó de la cintura sin quitarle la mirada y de nuevo ella vio un destello dorado cegador, justo como cuando la había llevado al bello jardín. Pero en esta ocasión, los chicos no fueron a ningún jardín...

Lo primero que ella notó fue un cielo, en el cual había muchísimas más estrellas que cielo. Resplandecían tanto que casi parecía que estaban a plena luz del día. Luego se percató de que sus pies no estaban pisando el suelo. En realidad, no estaban pisando nada. ¡Ella y Milo estaban flotando! Volteó a ver de un lado a otro, pero no distinguía más que unos pasillos larguísimos, llenos de varias puertas de marfil con entalladuras de plata en los bordes y pomos esféricos de cristal atornasolado. A lo lejos, se escuchaba el canto de lo que sonaba como un magnificante coro gregoriano.

—¿Dónde estamos, Milo? Estoy casi segura de que estoy soñando, ¿cierto? Pellízcame, este lugar no puede ser real —le dijo al muchacho, mientras miraba de un lado a otro, embobada.

Milo le sonrió con agrado, pero no la pellizcó, sino que le indicó con un movimiento de la cabeza que lo siguiera. Ella quiso rezongar pero optó por obedecerle y permaneció en silencio. El chico la guio hacia una de las cientos de puertas que había en los inmensos pasillos, le tomó la mano y se la colocó en el pomo.

—No lo gires, solo cierra los ojos y enfoca tus pensamientos en que deseas entrar a este lugar, ¿de acuerdo? —La indicación de él fue dada con mucha seriedad.

Ella asintió con la cabeza e hizo tal y como se lo pidió. Unos segundos después, cuando abrió los ojos de nuevo, ambos estaban un sitio en donde todo era blanco y luminoso. En el centro de esa habitación, había una enorme burbuja dorada y translúcida, en cuyo interior se podía distinguir la figura de una hermosa mujer dormida en medio de una sustancia líquida de tono verde esmeralda. Dahlia se aproximó a la burbuja para poder ver mejor a la dama y, justo en ese instante, ella abrió sus ojos. Eran de color purpúreo, formidables, pero llenos de paz y benignidad.

—Te hemos estado esperando hace tanto tiempo... Bienvenida seas, pequeña Dahlia —manifestó la encantadora doncella, sin que una sola palabra saliese de su delicada boca.

—Sherezade se comunica mediante la telepatía. No te asustes —le susurró Milo...



X

## *Gemelos*

DAHLIA VOLTEÓ LA CABEZA HACIA LA DERECHA CON LA INTENCIÓN de hablarle a Milo. Quería preguntarle algo acerca de la bella Sherezade, pero se detuvo en seco. Sintió un extraño vacío en su pecho y la voz se le apagó. Ella no podía creer lo que estaba contemplando. Su semblante revelaba la gran mezcla de emociones encontradas que le producía la escena. Exhibía un mohín que combinaba asombro con curiosidad y algo de temor al mismo tiempo. Ella hubiese jurado que había entrado en aquella misteriosa habitación junto a Milo y que fue él quien hacía solo un momento le había susurrado. No obstante, la imponente figura que tenía ante sí podía ser cualquier cosa menos el chico con el que había venido.

Junto a Dahlia se erguía una majestuosa figura de unos tres metros de estatura, con rasgos muy varoniles y, sin embargo, para nada humanos. La criatura estaba vestida con una elegante armadura de plata que le cubría el torso. Su piel parecía estar hecha de alguna piedra preciosa desconocida, ya que resplandecía con suaves matices azulados y rojizos, dependiendo de sus movimientos y el ángulo de la luz que la iluminase. Sus brazos y piernas revelaban una musculatura definida y llena de vitalidad. Su cabellera le llegaba hasta los tobillos y era muy lisa, de una tonalidad verde olivácea, que por momentos cambiaba a naranja encendido. De su espalda salían tres enormes pares



de alas membranosas, similares a las de un murciélago. Cada uno de los pares tenía un color distinto: escarlata, magenta y cian. Pero de todo el imponente conjunto de sus características físicas, la que más impacto causaba era su penetrante mirada. Parecía haber una pequeña galaxia atrapada en cada una de sus cuencas, con millones de diminutas estrellas fulgurantes cambiando de lugar de manera constante.

Sin percatarse, la quijada de Dahlia estaba a punto de rozarle las rodillas por la inconmensurable fascinación de que era presa en ese momento. Todavía no recuperaba el aliento ni podía acomodar el caos de sus pensamientos como para ser capaz de articular un enunciado coherente, así que la extraña criatura decidió ser la que rompiera el silencio y la tensión en la atmósfera.

—No pretendía manifestar ante ti mi verdadera forma tan pronto, pero, al parecer, Sherezade juzgó que era lo mejor. No te preocupes, ni ella ni yo te haremos daño alguno —aseguró el gigante, con una voz profunda y resonante, como si un trueno estuviese anidado en su garganta.

—¿Qué... quieres... decir... con... tu... verdadera... forma?  
—La voz de Dahlia sonaba temblorosa.

—Soy yo, Milo —se apresuró a contestarle la criatura.

Antes de que Dahlia pudiera decir algo más, Sherezade atrajo su atención al rozarle el hombro derecho con un mechón de sus negros y ondulados cabellos.

—Hay algo muy importante que debes saber, pequeña. Cuando estabas en el vientre de tu madre, no estuviste sola. Tienes un hermano gemelo, pero él no nació junto a ti, como sería común esperar en el mundo de los humanos. Justo en el momento de la concepción de ambos, yo establecí una conexión psíquica con ustedes. Pude entonces tener un breve vistazo de lo que estaba por venir en sus vidas. Por el bien de la humanidad, escogí a tu hermano para que viniera conmigo

y lo implanté en mi vientre. Antes de eso, le pedí permiso a Déneve para hacerlo, a través de una visión, la cual le hice olvidar poco después. Soy una *Keijukainen*, emparentada de forma directa con los astros de la constelación de Orión, donde aún yace oculto el corazón de Raki, tu más antiguo antepasado. Al haber crecido tu hermano dentro de mí, algo de mi sangre pasó hacia él, lo que lo hizo convertirse en un híbrido de humano, *Keijukainen*, *Valaistu* y *Nocturno*. Él está hoy ante tus ojos, y es a quien llamas Milo —le reveló, con solemnidad, la dama de tez nívea.

Dahlia estaba aún más intranquila y confundida que antes. Le estaban dando información transcendental en abundancia, pero con muchas palabras de las que jamás había escuchado hablar. Ya era demasiado para un solo día. Su cerebro no lograba asimilar tantas cosas de golpe. De entre todo lo que Sherezade mencionó, lo que más la desconcertó fue saber que... ¡esa monumental criatura a su lado era su hermano gemelo Milo! La cabeza le daba vueltas, se sentía fuera de sí, no comprendía nada de nada. Estaba a punto de desplomarse debido a un repentino vértigo y una copiosa sudoración que emanaba de todo su cuerpo, pero la mano de su hermano la sostuvo con delicadeza. Cuando ella lo miró, tenía otra vez su forma humana de chico y le estaba sonriendo, rebosante de ternura.

—No te presiones, Dahlia. Ya tendrás tiempo para pensar con claridad. Lo más importante de todo es que ahora sabes quién soy yo en realidad. Estoy contigo para ayudarte y cuidarte, pase lo que pase —le aseguró el muchacho, en un tono que inspiraba total confianza—. Creo que debería llevarte a casa de inmediato. Podremos volver aquí con total facilidad más tarde —afirmó, mientras la sujetaba por la cintura y la miraba a los ojos.

Una vez más, Dahlia vio el destello dorado que ya le resultaba tan familiar y, apenas unos segundos después, ambos jóvenes

se encontraban en la sala de la casa de la chica, sentados en el sofá cama. Sabiéndose de vuelta, ella cayó rendida por el gran cansancio físico y mental en los brazos de Milo. Él la abrazó con fuerza, tras lo cual la levantó y se la llevó hasta su cama. Allí la arrojó con una sábana limpia y le besó la frente con cariño. Luego se dirigió a cerrar con llave la puerta de la habitación, para después sentarse en el piso, con su espalda recostada a una de las paredes. Desde allí vigilaría sin pausas el sueño de su hermana durante todo el resto de esa noche.

Al principio, Dahlia parecía descansar de manera apacible, pero pronto su rostro comenzó a contraerse mientras ella balbucía algunas frases inconexas. Milo se acercó a ella, un poco preocupado, para escuchar con mayor claridad lo que decía. De los labios de la chica escapaban suspiros entrecortados y palabras apenas audibles. «Yo... Olvidados... dónde... Milo... mamá... quién... Galatea...» Esas eran algunas de las pocas cosas que el muchacho pudo comprender, aún teniendo su oído casi pegado a la boca de Dahlia. Estaba muy extrañado con todo aquello, pero se limitó a pensar que ella debía estar soñando y que no había razones para exagerar. La pobre chica necesitaba dormir lo máximo que fuese posible, así que decidió no despertarla, aunque siguiera murmurando por varias horas más.

Retomó entonces su puesto anterior. Continuó mirándola hablar en sueños por un rato, tratando de imaginar qué sería lo que ella visualizaba en su fantasía onírica. De pronto, la chica arqueó la espalda y profirió un estridente chillido de angustia. Acto seguido, Milo corrió a su lado, para tomarla de la mano y así tratar de calmarla, pero todo lo que hizo fue en vano. Dahlia comenzó a convulsionar mientras seguía gritando. Sus movimientos violentos dejaban ver que estaba siendo torturada, como si le clavaran algo filoso en el pecho. Él la sujetó de ambos hombros y la sacudió con fuerza para despertarla.

Eso tampoco dio resultado. Ella seguía retorciéndose de dolor, cada vez con más intensidad. Milo tuvo que tomar una drástica medida, en vista de las angustiantes circunstancias. Colocó su mano derecha sobre su ojo izquierdo, al tiempo que hacía una invocación. Desde su cuenca emanó una esfera del tamaño de la cabeza de un alfiler, la cual fulguraba y giraba sobre su propio eje. La tomó entre sus dedos índice y pulgar, y se la colocó a Dahlia en el pecho, que era donde parecía dolerle más. La piel de la muchacha la absorbió de inmediato, haciendo que su cuerpo se elevara a unos pocos centímetros de la cama, para después regresar a ella. Sus gritos se habían detenido por completo, pero seguía dormida. Milo volvió a sacudirla y esta vez ella sí se despertó.

Al abrir sus ojos la joven, por un milisegundo su hermano vio en ellos un centelleo de los ojos de otra persona: era la mirada de un alma llena de amargura. Pero aquella imagen fue tan fugaz que creyó haberla imaginado. Se lo atribuyó al gran susto y la zozobra de verla sufriendo durante su pesadilla.

Además, tan pronto lo reconoció, Dahlia se le abalanzó a su cuello y lo abrazó con gran ímpetu, mientras entre lágrimas sollozaba: —Muchas gracias por estar aquí.

Él no tardó en envolverla con sus brazos, meciéndola a ritmo lento, para tranquilizarla...

